



BAJO LA PIEL

Raquel Villar

BAJO LA PIEL



Primera edición: febrero de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raquel Villar

© Ilustrador de portada: Alberto Esteban (@jec21.illustration)

ISBN: 978-84-10082-90-8

ISBN digital: 978-84-10082-91-5

Depósito legal: M-4095-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A todos los que guardan algo bajo la piel.
Sean valientes.
Atrévanse a sentir.*

PRÓLOGO

Tengo cinco tatuajes repartidos por todo mi cuerpo. De cuatro de ellos puedo desvelar que representan algo de los seres que más quiero. El quinto me lo quedo entero para mí. Siempre he pensado que cuando uno toma la decisión de hacerse un tatuaje no se está tatuando la piel, aunque sea lo que deja ver a los demás. Se está tatuando el alma. Y solo algunos privilegiados saben lo que hay detrás de esos reflejos de tinta. Cuando los demás los miran, en el mejor de los casos ven arte, y en el peor de los casos, una horterada que resta elegancia a la fachada. Cuando uno mismo los mira, viaja sin pasaporte ni equipaje a ese lugar íntimo y personal de sus introspecciones vivas. Porque cuando uno se hace un tatuaje siente que hay lugares a los que siempre merecerá la pena volver. Y que hay personas a las que también.

Yo soy de los que si se marcha de verdad, nunca vuelve.

Por eso antes de marcharme suelo insistir tanto.

Por eso antes de marcharme, todavía, suelo preguntar por ti.

PRIMERA PARTE

El cielo comenzó a teñirse de rojo justo en el instante en el que uno de los líderes del grupo, que se hacían llamar Los Cuatro, se introducía en el círculo formado por personas ataviadas con túnicas de diferentes colores, encapuchadas y con el rostro cubierto por máscaras con forma de Tué-tués. Sujetaba una antorcha titilante con una de sus manos, y con la otra un libro de tapas negras y páginas amarillentas que recogía textos de los evangelios apócrifos escritos en latín. Al llegar al centro del círculo se detuvo. Comenzó a leer uno de ellos, parando cada pocos segundos, para que el resto de los integrantes repitiera sus plegarias. Cuando finalizó la lectura, otro de Los Cuatro apareció a sus espaldas, cargando en sus brazos con cierta dificultad el cuerpo inerte de un hombre. Lo dejó caer a sus pies y alzó enérgicamente un bisturí con su mano derecha. Un silencio sepulcral, solamente interrumpido por el jadeo ansioso de alguno de los enmascarados, acompañó en el ascenso y en la caída al brazo del líder, que con un único movimiento incrustó en el corazón de aquel cuerpo ya sin vida, el instrumento quirúrgico. En el instante en el que lo sintió penetrar, gritó con alarmante satisfacción:

«¿Ni Dios ni Santa María!».

LOS CRISTALITOS

Así era como llamaban en el pueblo a la familia Vega. El origen de aquel curioso nombre provenía de la casa donde todos ellos vivieron durante su infancia y adolescencia. Fue construida por el abuelo Vega a mediados del siglo veinte, tras conseguir regresar de Viena, ciudad en la que vivió durante años y donde sobrevivió a la trágica noche de los cristales rotos, el 9 de noviembre de 1938. Un enorme edificio de cuatro plantas cuya fachada estaba recubierta de hormigón cristalizado. Cuando el sol se reflejaba sobre ella, parecía estar adornada con diminutos cristales de los colores del arco iris. A pesar de la majestuosidad del suntuoso edificio, lo cierto es que los Cristalitos eran gente muy cercana. Les encantaba hacer vida en la planta baja, con el pueblo. El gran portalón de madera de roble siempre permanecía abierto para que quien pasara por allí, entrara como si estuviera en su casa. Fuera la hora que fuera, Pedro Vega, el patriarca de la familia, tenía preparada una botella fría de vino fino y un buen jamón bañado en el mejor aceite de la zona: el suyo. El reconocido imperio familiar tenía su origen en un pequeño campo de olivos que el padre de Pedro, el abuelo Vega, decidió cultivar. Y poco a poco, desde el peldaño más bajo, consiguió llegar a lo más alto de la industria aceitera. El Vega-Oliva era uno de los aceites con más renombre de Andalucía, que además se exportaba a más de cincuenta países repartidos por todo el mundo. Sin embargo, el ambiente de la casa de los Cristalitos siempre resultaba humilde y acogedor. Los niños correteaban a sus anchas escaleras arriba y escaleras abajo, mientras a sus padres en nume-

rosas ocasiones se les acababa mezclando el vermú con la hora de comer, y sus madres acababan decidiendo «juntar pucheros», y alargar el buen rato. Y es que en la casa de los Cristalitos, siempre se pasaba buen rato.

Siempre hasta la muerte de Pedro Vega.

A partir de aquel momento, la puerta de los Cristalitos se cerró para siempre, y el sol, que continuaba reflejándose sobre el lúgubre hormigón, recibía de vuelta una luz tenue y sombría, sin rastro de los vivos colores que antes desprendía.

LA CAÍDA DEL PATRIARCA

Córdoba, 21 de marzo de 2019

El sol se quedó sin alma aquella madrugada, cuando al desprender sus primeros rayos sobre la fachada de los cristalitos, estos se reflejaron sobre el cuerpo sin vida de Pedro Vega, tendido frente a la puerta del majestuoso edificio. Tres cadáveres de Tué-tués colocados boca arriba alrededor del patriarca, con sus alas extendidas formando una cruz, decoraban con ferocidad la macabra escena. El patriarca de los Cristalitos yacía en posición decúbito supino, completamente desnudo y con un bisturí clavado en el lado izquierdo de su pecho. No había restos de sangre alrededor, y el color cetrino de su piel denotaba que Pedro Vega llevaba muerto bastantes horas. Cuando Maravillas Vega despertó aquella mañana y se asomó al balcón de su habitación, un grito ahogado en el más absoluto silencio desgarró el cielo. Minutos después las sirenas de varias patrullas de policía, alertadas por un vecino, irrumpirían en la calle para acabar ocultando la ausencia de vida bajo una sábana blanca.

*

Tras más de un año de una frustrada búsqueda sin éxito de alguna señal que pudiera dilucidar el caso, la pandemia de la Covid-19 paralizó la investigación. Cuatro años después, sin haber encontrado el más mínimo resquicio de error por parte del minu-

cioso y despiadado asesino, la policía acabó por archivarlo. Marisa Moyano, la viuda del patriarca, se encerró en su casa, sumida en una profunda depresión. Sus dos hijos mayores asumieron las riendas de Vega-Oliva bajo la enorme presión mediática de los acontecimientos que, con el tiempo se fue disipando hasta permitirles retomar una vida sin luz, pero al menos tranquila.

Hasta que llegó Valeria.

PEDRO VEGA

El mayor de los cuatro hermanos llevaba el nombre de su padre. Era quizás el que más pasaba desapercibido. No por su aspecto físico, ya que como todos los Vega resultaba insultantemente atractivo, sino por su manera de actuar y comportarse ante la gente. A Pedro no le gustaba hablar en público. Ni las grandes aglomeraciones, ni las vacaciones en agosto, ni los sábados en la calle Laurel en sus visitas a Logroño. Pedro siempre fue más de un libro en la terraza con vistas al mar viendo amanecer, una copa tranquila en un bar a las afueras de cualquier lugar, y un paseo por el puerto, contemplando los barcos. Siempre quiso tener uno, pero aunque hubo un tiempo en el que los beneficios de Vega Oliva se lo podían haber permitido, decidió dejarlo estar. «Demasiado llamativo», pensó. No era su estilo. Aquella mañana de la primavera de dos mil veintitrés se había levantado más temprano de lo habitual, cuando el menor de sus hermanos le llamó por teléfono. Le sorprendió tanto cómo le alarmó leer las cinco letras de su nombre en la pantalla de su iPhone 14 recién estrenado (no le gustaba llamar la atención, pero eso no quitaba que se diera sus caprichos de vez en cuando). Fabio nunca madrugaba, y menos aún un sábado. Contestó al segundo tono, conectando automáticamente el manos libres:

—¿Hermano? ¿Estás bien?

—Ha ocurrido algo —dijo Fabio con voz rasgada, al otro lado del teléfono—. Tienes que venir.

—¿Dónde estás? —preguntó Pedro con tono firme, tratando de transmitir toda la seguridad que pudo.

—En la sala de autopsias del Instituto de Medicina Legal.

FABIO VEGA

El pequeño de los varones Vega siempre se había mostrado bastante bohemio en comparación con el resto de la familia. Estudió Diseño en la Escuela de Artes de Logroño y, durante aquellos cuatro años separado del resto de los Cristalitos, desarrolló un estilo propio que nada tenía que ver con las camisas de Ralph Laurent y los pantalones de pinza con los que su madre acostumbraba a vestirle durante su infancia. Fabio siempre fue de ideas claras y talento infinito para el arte. Con veintidós primaveras recién cumplidas inauguró su propio estudio de tatuajes en pleno centro de Córdoba, y apenas cuatro años después ya contaba con un millón de seguidores en redes sociales que idolatraban su trabajo. Gente de todo el país acudía a él, incluso sin ideas concretas, ofreciendo su cuerpo como lienzo a las prodigiosas manos del artista. Simplemente, le dejaban crear.

Y así fue cómo conoció a Valeria.

Una mañana de finales de septiembre de dos mil veinte, Fabio se encontraba inmerso en el diseño de una petición bastante peculiar para un antebrazo: un cocido madrileño, receta de la abuela del cliente. Había conseguido un boceto bastante apetitoso, por categorizarlo de alguna manera, y se debatía entre darle algo de color o tatuarlo en negro con algunas sombras. La puerta del estudio emitió un discreto sonido que no llamó la atención del concentrado tatuador. Una mujer joven se acercó hasta él y durante más de diez minutos permaneció parada allí, observando el logrado cocido madrileño. Cuando Fabio se percató de su presencia dio un respingo,

golpeándose en la cabeza contra la pequeña lamparita que compartía la mesa de trabajo con el resto de utensilios de diseño.

—¡Perdón! —exclamó la joven llevándose las manos a la boca—. ¡No quería interrumpirle!

—¡No pasa nada! No te había visto... ¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Diez minutos. Quizás algo más.

—¿En serio? —preguntó Fabio abriendo mucho sus grandes ojos. Se incorporó ligeramente y la luz de la lamparita los iluminó de lleno, mostrando con más nitidez las pequeñas motas verdes derramadas sobre un iris gris azulado. Valeria se detuvo unos instantes en ellos.

—Sí —respondió al fin—. Pero no se preocupe, he estado entretenida —dirigió su mirada hacia el curioso boceto del puchero que reposaba sobre la mesa de trabajo del tatuador.

—Espero que vengas a pedir algo más sencillo —dijo Fabio mostrando una enorme sonrisa sujeta por dos pícaros hoyuelos—. Y trátame de tú, por favor. Me estás haciendo sentir muy viejo.

—Eso depende de ti —apuntó ella devolviéndole la sonrisa.

—Tú dirás —Fabio se dejó caer ligeramente hacia atrás, desplazándose unos cuantos centímetros de la mesa. Cruzó las manos apoyando los codos sobre los brazos de la butaca y miró a la chica directamente a los ojos. Tenía unos ojos preciosos. Grandes, almendrados, insinuantes.

—Necesito saber si has tatuado esto —Valeria sacó del bolsillo trasero de su pantalón una fotografía en color algo deteriorada, en la que se distinguía el brazo derecho de un hombre con el tatuaje de un león. Un mechón de pelo de su media melena castaña oscura se desprendió con rebeldía de la goma que en una coleta despeinada retenía al resto, dándole un toque más sensual a su ya de por sí sugerente rostro.

—¿Puedo cogerla?

—Sí, claro. Sin problema.

—Veamos... —Fabio extendió el brazo izquierdo hacia la imagen, rozando sutilmente con el dorso de su mano los dedos de Va-

lería. El tacto de su piel le resultó agradable, delicado, despertando en él la curiosidad de cómo sería dibujar sobre ella. Hizo un esfuerzo por concentrarse en la instantánea. Tenía ya unos años, pero sin duda era él. Uno de Los Cuatro. Lo recordaba perfectamente, al igual que recordaba que la prensa había publicado su muerte, narrada en una compleja intervención policial que había tenido lugar en Atenas, pocos meses atrás.

—¿Y bien? —preguntó Valeria manteniendo la dulzura de su voz, pero sin poder ocultar cierta impaciencia.

—No me suena.

—¿En serio? —insistió la joven extrañada.

—Llevo seis años tatuando casi a diario. Se me puede escapar algo... Pero creo que lo recordaría. Y no lo recuerdo —mintió con extrema elegancia, recuperando el contacto visual de la joven—. ¿Necesitas algo más?

—Creo que no —respondió Valeria, confusa—. ¡Qué extraño! Estaba convencida de que era obra tuya.

—¿Por qué?

—Nadie tatúa realismo así en España.

—Me lo tomaré como un piropo —dijo Fabio relajando la expresión de su rostro. Observó fugazmente los voluminosos labios de la joven, preguntándose si serían naturales. Cayó entonces en la cuenta de que no llevaba mascarilla puesta. Ni él tampoco. Debería de haberle dicho que sin ella no podía entrar al local, pero ya era tarde. Y mejor así. Tenía una boca preciosa—. ¡Gracias! ¿Cómo sabes que está hecho en España?

—No puedo decírtelo —contestó Valeria guardando de nuevo la fotografía—. Pero lo sé.

—¡Qué enigmática!

—Profesional, más bien —puntualizó retirándole la mirada, al tiempo que introducía la mano en el interior de su bolso de cuero azul marino y sacaba de él una pequeña tarjeta—. Si recuerdas algo en algún momento, llámame, por favor —recuperó el contacto visual al tiempo que la dejaba caer sobre la mesa, junto al cocido

madrileño—. Muchas gracias. Y buen provecho con ese puchero, tiene una pinta estupenda.

Valeria se dio media vuelta y con paso decidido pero tranquilo abandonó el estudio. Fabio la siguió con la mirada, sin articular palabra. Observó su firme trasero alejarse hasta desaparecer tras la puerta, al tiempo que las cuatro claras y concisas líneas que rezaba aquella tarjeta se repetían en su cabeza como un letrero luminoso de una señalización de carretera:

Valeria Romero
Inspectora de Policía Nacional
677...

Estaba tan ensimismado con lo atractiva que le había parecido, que ni siquiera prestó atención a la segunda línea.

Tenía su teléfono.

Y todo lo demás, en aquel momento, le daba exactamente igual.